

Patrimonio cultural y sostenibilidad

Cultural heritage and sustainability

Cristóbal Campana Delgado

Investigador. *cmcampanad@hotmail.com*

Ahora... creo que hay un fenómeno de ausencia de integración, que hay capas distintas desde un punto de vista geográfico, social, cultural, económico, etc., y sobre todo que no se ha resuelto fundamentalmente el problema creado por la conquista española cuando se superpuso el grupo conquistador (y quienes siguieron a los conquistadores) a la masa indígena. Esa especie de dualismo no se ha roto definitivamente a pesar de la existencia de un vasto mestizaje.

Jorge Basadre, 1978

Breve deslinde

Las nociones de “patrimonio cultural” y las de “sostenibilidad”, así relacionadas, implican una serie de planteamientos históricos y políticos para deslindar las propuestas y acciones en torno a la propiedad y el poder, porque siempre aparecen confrontadas y aparentemente sólo serían de manejo político. En nuestra sociedad contemporánea, la presencia o existencia de “riqueza-patrimonio” tiene dos aspectos fundamentales: propiedad privada y patrimonio estatal que viene a ser la riqueza nacional. En nuestro país esto no está bien determinado, pese a que las posibles acciones para su defensa e incremento están legisladas y reguladas, sustentándose en la Constitución del Estado. Aun así, los conflictos son cotidianos, en cualquier nivel pues los intereses económicos y de poder saltan a la vista por estar en continua confrontación.

Si hablamos de patrimonio cultural, nos tendremos que referir a todo aquello que heredamos de las dos grandes fuentes culturales que sirven de base a nuestra cultura peruana actual: la cultura andina y la cultura occidental cristiana. Todos nuestros logros y todas nuestras frustraciones tienen en esas dos grandes corrientes culturales sus orígenes y “alimento”, los mismos que se han ido enraizando en nuestros conceptos actuales, acrecentándose, camuflándose y apareciendo en nuestras contiendas cotidianas. Muchos rasgos del pasado reaparecen.

Nuestro país, debido sus orígenes, tiene una estructura pluricultural y multinacional

y, en su historia, la relación de vencedores y vencidos se mantiene con sus espinas de injusticia. En la actualidad, esto se ha ido acrecentando por un tercer factor, que nos afecta a nivel mundial y que conocemos todos como la revolución de las comunicaciones o globalización¹. Si bien es cierto que en el contexto mundial somos considerados como del “Tercer Mundo”, la vigencia activa de las nacionalidades étnicas de nuestra Amazonia nos pone o ubica en lo que Samir Amin denomina como “Cuarto Mundo”, por estar excluidas totalmente de la industrialización (Amin, 1997). Lo que sucede es muy complejo y nos obliga a revisar los fenómenos derivados de la invasión occidental-cristiana y contraponerlos con los diversos fenómenos derivados de las variaciones del capitalismo.

La presencia activa, defendiendo sus territorios y su cultura, tiene en los pobladores de nuestras selvas a sus más vigorosos luchadores, al contraponer sus reclamos a las diversas acciones del Estado peruano, tratando de lograr un mejor y mayor entendimiento. El caso de la toma de las instalaciones del Lote 192 pone en evidencia el increíble “encuentro” entre el Estado, la industrialización de los recursos petrolíferos y los representantes de los pueblos selvícolas. Pues:

El Tercer Mundo en proceso de industrialización no ha contado con ninguna de estas condiciones favorables que podrían haber evitado las formas más brutales de expansión capitalista. Y en lo que podríamos llamar Cuarto Mundo, excluido totalmente de la industrialización, el sistema social presenta extremos y condiciones que rozan la caricatura: el ejército de reserva comprende aquí la práctica totalidad de la población, es decir, los pobres marginados y las masas campesinas a las que se les ha negado los frutos de cualquier revolución agraria. (Amin, 1997, p. 12)

Si Basadre –en su momento– sólo vio el problema derivado de la conquista española, el problema se ha ampliado con la presencia histórica de un espectro etnohistórico, porque centenares de comunidades exigen el reconocimiento de su propiedad, sus valores, sus técnicas y su cultura, se están viendo desposeídos y los *mass media* de la globalización les traen las informaciones más actuales de cualquier otra parte del mundo. Esto se debe también a que a los peruanos de hoy se les permite “colonizar” lugares de la sierra o de la selva y, en el nivel más alto, el Estado de nuestro país decide y toma decisiones inconsultas en contra de nuestros paisanos que no están en el poder ni tienen capacidad de decisión. El mejor ejemplo lo podemos advertir en la dación de permisos para la explotación minera o petrolera, sin haber buscado el más justo entendimiento.

La cultura occidental, al introducirse en América conjuntamente con el cristianismo, trae tradiciones, técnicas, patrones de valor y ciencias de entonces, más las legendarias creencias religiosas; de allí que un cronista venido de la España de los Reyes

1 Ese nombre deriva del título del libro de Herbert Marshall McLuhan, *La aldea global*, en el que se plantea que la revolución de la comunicaciones está generando un nuevo comportamiento “aldeano” o “tribal”, en donde, como todos se conocen e informan cotidianamente, ahora aparece un comportamiento nuevo, a nivel global, casi instantáneo. McLuhan saltó a la fama en 1964 cuando publicó *Understanding Media*.

Católicos, al admirar el paisaje y sus riquezas –obras de los andinos–, llegará a decir que aquí nació Adán, no para explicar el origen del hombre, sino para justificar la pertenencia de esta tierra a la Corona Hispana.

En varios aspectos, las creencias y usos de aquellos tiempos (1490-1717) subsistieron, tal como el uso del patrón metálico del cobre y la plata –las monedas de cobre y plata eran las más conocidas– por su valor de cambio y recordemos que desde el temprano descubrimiento de la desembocadura de un río en el norte de la actual Argentina, se le denominó Río de la Plata. La pequeña población sufrió las vicisitudes propias de la colonización del territorio, hasta que los portugueses avanzaron rumbo a las orillas de la Plata y fundaron la Colonia del Sacramento, imponiendo nuevos patrones de cambio monetario. Esto, que nos parece muy alejado en el tiempo y el espacio, tiene muchas muestras de que aún están en uso algunos criterios de valoración económica, como cuando la gente se refiere al poder de una persona porque “tiene sus cobres” o porque “tiene plata”. Entonces, aún convivimos con quienes valoran al estilo de vida de los poseedores de las minas más ricas de oro y plata que estaban –y están– en las antiguas tierras de los desposeídos por los conquistadores.

Algunos de estos aspectos aún subsistieron hasta fijarse el patrón oro, cambiando definitivamente nuestro destino, pues los reyes de Inglaterra se apoyaron en la ciencia de Sir Isaac Newton, en 1717, quien escribió un ensayo sobre el movimiento universal –y terrenal– y argumentó la necesidad de un sistema del movimiento monetario, con una proporción de oro y plata que definiría una relación entre las monedas de oro y el penique de plata que iba a ser la unidad de cuenta estándar en la Ley de la Reina Ana de Gran Bretaña, en adelante. Es que la plata y el oro seguían yendo en galeones de América a Europa, al igual que los nuevos materiales para la pujante textilera inglesa. Recordemos que los corsarios y los piratas ingleses tenían todo un sistema de aprovechamiento y saqueo de las riquezas nuestras.

Desde otro punto de vista, la presencia de ciudades y metrópolis, como nuevas formas sociales de vida, fue generando un factor de relaciones en cuanto al entendimiento de la nueva sociedad peruana emergente, pues los antiguos habitantes estaban pasando de campesinos a ocupar las nacientes ciudades. A la larga, se deduce que nuestro país ahora está compuesto por los peruanos o “ciudadanos” nacidos en este territorio, de tal suerte que los que tienen mayores derechos son los “ciudadanos”, tal como lo registran y reconocen las leyes y, de esta manera, los campesinos pobres que no viven en las ciudades o los aborígenes de nuestra Amazonia son los grupos más pobres, por analfabetos o por estar lejos de las ciudades; carecen de comprensión, ayuda y acceso a la cultura dominante. Como la cultura de estos pueblos no es “altamente productiva” o no es “rentable”, sus tierras con sus propios valores étnicos también son entendidos como de muy poco valor o no productivos.

El derecho a la cultura está reconocido en nuestra Carta Magna como una especificación a cumplir y se deriva de la Declaración de los Derechos Humanos. Pero, en la realidad, desde hace siglos vemos como los pobres campesinos “sin tierras” o los habitantes de nuestras selvas pasean su pobreza y desarraigo en las ciudades coste-

ñas, llamadas inicialmente criollas. Ese desencuentro tan ignominioso plantea la revisión –siquiera como tema– de esa dicotomía: patrimonio cultural y sostenibilidad. La mayoría de personas que desconocen los caracteres y raíces del problema creen que la defensa y el financiamiento del patrimonio cultural es altamente costoso y que no se realiza por existir otros problemas más urgentes.

Desgraciadamente, la ignorancia de los conquistadores, tan ávidos de riquezas metálicas, especialmente de la plata y el oro por ser el patrón monetario de entonces, se suma a la distancia de la rica minería de plata y oro en la India, ya en manos de los ingleses y los comerciantes holandeses, que cerraban un tanto el acceso a la banca de Gante o de Brujas. Esto, para los Reyes Católicos, tenía que revertirse, buscar nuevas tierras, nuevos tesoros y “otros mundos”, buscando nuevas rutas a oriente por el occidente marítimo.

Al hallarse frente a este mundo “descubierto”, las rutas para la obtención de riquezas tenían que cambiar y generó el sueño de que el legendario “País del Oro”, “El Dorado” y el “Paraíso Terrenal” estaban en América. Obnubilados, no vieron que las riquezas eran otras y respondían a culturas e ideologías diferentes. El mundo occidental cristiano tendría que demostrar su fe y su poder “universal” para justificar sus acciones en este lado del mundo y, así, enceguecido por la ambición, no se detuvo. Entonces, comenzó el etnocidio, el genocidio y la destrucción de la sabiduría y la cultura, destruyendo la ciencia y conocimiento acumulado en milenios de experimentación sabia y constante.

Asistimos al encuentro enconado de nuestras raíces culturales. La compleja estructura social que se deriva de esas culturas en conflicto y desencuentro no tiene visos de que se busque la unidad nacional. Las diversas sociedades que conforman nuestro país –pluricultural y multinacional– también tienen diversos tipos de cultura, riqueza, clases sociales opuestas y terriblemente estratificadas y, aunque sus conceptos e ideas de cultura parezcan idénticos, detrás subyacen los más viejos enconos y antagonismos. La búsqueda de riquezas y poder esconden en los actos de sus beneficiarios la exacerbación de los conflictos de los que viven en búsqueda de riqueza y poder como muchos empresarios y políticos actuales.

1. La nueva ideología y un poco de historia

En el mundo andino las nociones de riqueza, antes de llegar los europeos, se basaban en la tenencia y mejor acceso a los alimentos, los que sólo podían ser acumulados y guardados previendo las hecatombes y crisis ecológicas, tan recurrentes dada la juventud de los Andes. Los “ricos metales” como la plata y el oro sólo tenían fines suntuarios y artísticos al servicio de los grandes dignatarios y de sus dioses². En cambio, tanto en el pasado occidental cristiano como en el Medio Oriente antiguo hay sí muchas muestras de que sus deidades y/o sus símbolos eran fabricados en oro

2 Vale recordar que los dioses eran trabajados en piedras muy duras, aún sin herramientas de metal como el hierro. Las deidades grabadas en la Estela de Raimondi, la deidad de la Puerta del Sol y otras muy importantes estaban hechas en piedra y tal vez por eso se salvaron de ser destruidas (Campana, 2015).

y plata o recubiertos con pan de oro.

En aquel entonces, toda la ideología del hombre andino se sostenía en categorías de ayuda, servicio igualitario (*yanan'tin*) y esfuerzo mancomunado para la recuperación del medio ambiente, posterior a cualquier crisis o hecatombe (*pachacuti*) (Estermann, 1998). El mañana o futuro de todos estaba en la responsabilidad mancomunada: dioses, curacas y, aún, en los simples pobladores. Además, por su propia naturaleza, los alimentos no podían ser acumulados y guardados indefinidamente. Aunque a decir de Pedro Pizarro, en las despensas o tambos, los incas tenían alimentos acumulados para todos los españoles de por vida “sin tener que sembrarlos”. Por ello y desde entonces, la noción de riqueza tendría un valor económico basado en la obtención de recursos con posibilidad de ser acumulados y explotados, como es el caso de los metales. Desde entonces, “ricos son los que tienen plata”, pueden acumular tesoros y riquezas y dejarlos como herencia.

Para el mundo conocido, a los años finales del siglo XV, se suele reconocer el descubrimiento de América como hito principal e hito inicial, como hecho histórico de excepcional repercusión y que sería conocido como el *annus mirabilis*. Era el de 1492, al que se suman otros hechos destacables y de valor más local: la guerra de Granada consecuente con el máximo poderío religioso que marcará la vida política y social española de la Edad Moderna; así mismo, la publicación de la *Gramática castellana* de Antonio de Nebrija, la que será en adelante el ente regulador del habla de los conquistadores y, más tarde, el lenguaje de todos los españoles y de la gente de las “colonias”. La pujanza de la Corona Hispana logrará así la extraordinaria pujanza cultural de los Siglos de Oro posteriores y, más tarde, incluirá a todos los escritores de este lado del mundo que escriban y publiquen en español. Pues, hasta la fecha, los grandes escritores de América son considerados como de esa nacionalidad porque escriben en castellano o español.

América, para España y para el resto del mundo, desde que comenzó a enviar embarcaciones cargadas de oro y plata, fue la causa económica para el cambio y el paso del mundo medieval al “mundo moderno”. Antes del descubrimiento, se hablaba de la existencia de las “Islas Afortunadas”, tal como las describía Pierre d'Ailly (1410), teólogo y cosmógrafo, en una descripción sencilla:

Las Islas Afortunadas indican por su propio nombre que tienen casi todos los bienes, como si ellas fueran felices por la abundancia de sus frutos, pues los bosques producen de forma natural los frutos más preciados y las cimas de las colinas se cubren de vides espontáneas.

De este texto, Cristóbal Colón dedujo que las “Islas Afortunadas” corresponderían al archipiélago canario y es posible que en otros escritos ya habían datos de haber llegado a estas tierras y por ello su insistencia en realizar su proyecto tan rentable.

Hoy sabemos que todos los “bienes y sus frutos” de esas “Islas Afortunadas” de la mítica medieval fueron obra del hombre, adaptándose y aprovechando los ecosistemas, que para los extraños que llegaron creían que era “obra del demonio”. La gran

biodiversidad andina fue la base de una diversidad cultural como respuestas creativas en su interpretación y aprovechamiento para poder desarrollarse en los diversos pisos ecológicos. Así, consecuentemente, el espacio andino fue el ámbito domesticado y apropiado para sus necesidades. El desconocimiento de las técnicas y ciencias andinas sólo les permitía decir que eran obra del demonio.

Es cierto que los diversos pisos ecológicos significaron un gran reto, aparentemente de imposible solución productiva si es que los antiguos pobladores no hubiesen sabido aprovechar, primero, los humedales en medio de los desiertos cercanos a las desembocaduras de los ríos y, más tarde, desarrollar ingeniosos sistemas de irrigación que hicieron verdaderos oasis de los candentes arenales. La cultura europea de entonces tenía la idea de que en los humedales y en los “pestilentes pantanos” vivían los seres malignos, los duendes, las brujas, etc., desarrollando así un mundo de creencias de terror fantástico, mítico y terrorífico. Aquí eran un vergel al decir de Pedro Cieza de León, al poder explicar de dónde obtenían el agua y sólo argumentar que eran “obra del demonio”.

Los candentes arenales de la región Chala fueron convertidos en los más feraces valles de la costa, donde se desarrollaron numerosas culturas. Es verdad que nuestros antepasados, con una ciencia agrológica que desgraciadamente nos es casi desconocida, lograron una revolución agraria que hizo tierras cultivables en una cantidad mayor que en la actualidad, que puede argumentarse que está industrializada, mecanizada y, en muchos casos, computarizada. Nuestra ciencia agraria no ha podido agregar una hectárea más a las que nos dejaron nuestros antepasados andinos. La milenaria experiencia en paisajes tan difíciles y agrestes hizo realmente un “Nuevo Mundo” y justo, lleno de alegría para vivir sin hambres. Los mitos y leyendas de “vacas flacas” o de las terribles hambrunas fueron traídos por los conquistadores, introduciéndolos en el lenguaje impuesto.

Debemos entender en su integridad la grandeza del mundo andino, pues:

El hombre desde su época de cazador-recolector, sin quererlo, comenzó a manipular los ecosistemas naturales mucho antes de aparecer las técnicas agrícolas que pueden ser reconocidas por los arqueólogos. Muchos especialistas piensan que existió una larga fase de cultivo inicial que se pierde en los albores de la humanidad, de la que será difícil encontrar huellas a nivel arqueológico y sin la cual no podríamos explicar la aparición tan temprana de plantas domesticadas. (Bonavia, 1991, p. 125)

En este escenario de dramas casi inconexos, este desconocimiento de la estructura general de nuestra identidad cultural era –y es– discutido, pues, si tomamos dos extremos en el tiempo, veremos que Garcilaso fue el primero en dar información referente e interesada sobre los que nacían en estas tierras, pues en un párrafo de *La Florida* (1605) escribió: “los negros llaman criollos a los hijos del español y española y a los hijos de negra y negro que nacen en Indias, para dar a entender que son los nacidos allí”. Pero este término ha variado su contenido al ser asumido por todos los que nacen, viven y se comportan como habitantes de una ciudad costeña. En el

otro extremo del tiempo, es decir, cercanamente, Sebastián Salazar Bondy (1976) ha dicho que “los criollos son los limeños...”. Si esto fuera así, toda la cultura de las ciudades o criolla sería sólo limeña y esto es casi a la inversa: la gran creación cultural es provinciana, que va invadiendo continua y paulatinamente la urbe limeña.

Los grandes diferendos se dan dentro de la dicotomía riqueza-pobreza, para luego deslindar las variables y niveles del poder. Sabemos que a partir de una “ética de la escasez”, iniciaron los pobladores andinos una acción realista para subsistir y crear riqueza para vivir en tan diversos ecosistemas. Pues, nuestros antepasados andinos lograron desarrollar una sociedad “hermanando” las diversidades sociales dentro del principio de ayuda mutua, como era el *yanan tin*, hasta llegar al grado de un imperio, uno de los cuatro más vastos e importantes del planeta. Todo lo que entendemos por la riqueza andina fue creación del poblador nativo, por eso allí comenzó la depredación, imponiendo a dioses “vencedores” para poder apoderarse de ella por la “voluntad divina”. Desgraciadamente, la actual falta de visión en torno a lo “no rentable” – referente a la cultura– es la práctica ciudadana garantizada por el Estado. Y esto sirve de sustento a nuestro patrimonio cultural en toda su vastedad de formas y caracteres.

Todavía no somos conscientes del tremendo impacto causado por el choque de las dos grandes tradiciones culturales que entraron en conflicto con la llegada de los europeos. La cultura andina tenía un conjunto de tradiciones diferentes u opuestas a las occidentales. Estas diferencias aún no se han aprovechado y *afiatado*, aún siguen en conflicto, pues las tradiciones que se impusieron lo hicieron a “sangre y fuego” y ahora lo hacen de igual manera, en el Estado actual, sin las posibilidades de entendimiento o convencimiento, pese a más de medio milenio después del proceso de aculturación trascurrido desde la conquista.

La generalización de los conceptos de patrimonio cultural y sostenibilidad siguen englobando continuamente conjuntos de ideas, muchas de ellas distorsionadas por los medios de información. Generalmente tenemos una idea de lo que se proyectaría para bien de todos los peruanos, aunque el concepto de cultura abarca mucho más de nuestra plural nacionalidad. Los connacionales no hemos aceptado consciente y democráticamente las diferencias. El problema se vuelve más y más complejo con el poder intrusivo de la globalización y la función disyuntiva que nos plantea nuestra compleja biodiversidad y el pasado múltiple que generó. Somos un país multinacional y pluricultural. Así, y sin entender bien su origen, nos atenemos a estas generalizaciones porque no existe una estructura legislativa con políticas apropiadas de acuerdo a sus respectivas y propias magnitudes.

Nuestra visión y concepto de cultura –por ser tan general– no puede definir el valor de nuestra cultura, porque no parte de una concepción que defina la estructura de la nación peruana como estructura social y sus variables históricas que definían nociones de propiedad, atendida a sus respectivas legalizaciones en el proceso histórico. Entonces ese concepto de patrimonio cultural, que busca –para bien– defenderlo, termina comprometiendo los conceptos de las otras creaciones nacionales y de las respectivas clases sociales. Recordemos que los primeros en propugnar la restauración

y puesta en valor del patrimonio cultural, como concepto, se referían básicamente a los grandes palacios o a los escenarios de los reyes, emperadores o conquistadores, que no tenían nada que ver con las clases emergentes y el saber popular. Así, se comenzó a distorsionar esa totalidad, restringiéndola a un sector dominante. Pero ese concepto sigue creciendo, enriqueciéndose y haciéndose políticamente más justo. Debemos comprometernos en esa contienda.

La disyuntiva que aparece en esa dicotomía patrimonio cultural-sostenibilidad tiene un planteo económico y se deriva de la presencia de una “riqueza por explotar” frente a los tenedores de esa riqueza que “no la explotan”, pues no concuerda con sus diversos procesos culturales y sus nociones de propiedad o patrimonio. Pues, estos aún tienen conceptos heredados de sus antepasados y sus conocimientos técnicos no han sido valorados positivamente o los han destruido como producto de la “idolatría” y siguen siendo también desheredados culturales.

Ya hemos dicho que en nuestro territorio coexisten sociedades que viven en diversas etapas de la historia y por eso somos la evidencia de culturas en confrontación conflictiva.

Como veremos más adelante, desde la llegada de los europeos a estas tierras, la noción de “riqueza” estaba en la pertenencia y propiedad de los metales, de allí que la estrategia se llevó a cabo en la imposición de sus dioses. En la llamada “extirpación de idolatrías” se escondía el latrocinio descarado al grado del etnocidio. Así se operaba con la imposición de las ideas religiosas recién llegadas y así arribaban a la nueva noción de patrimonio impuesto por la “voluntad divina”, pero de los nuevos dioses. O sea, el patrimonio de la fe –que es cultura por su esencialidad– tenía que cambiar a sangre y fuego, hasta producirse el etnocidio y la destrucción de las sociedades y pueblos. Allí comienza la más grande agresión a la cultura, para imponer otra sobre los vencidos. ¿Quién lucharía por el patrimonio cultural de entonces, en esos tiempos?

Todos compartimos la idea de que la cultura es un todo, que es un universo creado por nuestros antepasados o padres (de allí lo de patrimonio). Y eso es completamente cierto. Pero no es aplicable con la facilidad con que se dice. Es cierto porque lo primero que aprende el hombre es a comer, como cualquier otro animal, pero con el tiempo va descubriendo y acumulando datos sobre los sabores como variables de calidad, sus hallazgos lo inducen a conseguir más, a luchar y compartir y, entonces, el lenguaje se convierte en la más notable creación humana para testificar todo su obrar. Cuando aprende a matar otros animales para comer y, más tarde, producir frutos para su alimentación, entonces aprende nociones de propiedad y de ello depende la vida y la muerte. De esta manera, también, se da cuenta de que todo aquello es una forma de poder, lo justifica con sus mitos y los convierte en deidades.

Esto que nos parecería muy drástico al decirlo, no es así. Pues, fue siempre una manera establecida de actuar por los diversos conquistadores a través de la historia de la humanidad y los que ejercen el poder político, porque lo primero que tratan de imponer es su ideología religiosa por la carga de fe que contiene. S. Rushdie (2005),

el destacado literato hindú, dice:

La mayoría de la población cree en las verdades apocalípticas de su religión. [...] Se mire por donde se mire, se ve este fenómeno. Es la batalla entre el mundo de la razón, la ciencia, la perfección, y por otra parte, el mundo de la trascendencia, lo milagroso, la creencia, la magia, los sueños³.

El hombre, al iniciar sus acciones para su subsistencia en un paisaje difícil y de tanta escasez, fue creando una cultura y una “ética de la escasez” que le hiciera posible su vida y, de ello y por ello –a la larga–, se reclama “dueño” de eso que llamamos ahora patrimonio cultural. Esto que nos puede parecer simple, embarga también su derecho a la vida. Esta idea tan simple está en todo lo que genera riqueza o poder y se buscan causales fácticas de conquista y matanzas étnicas casi siempre apoyándose en causales “divinas”. Desde que llegaron los castellanos como “conquistadores” argumentaban que estas tierras americanas –nuestras y con más de diez mil años de experiencia cultural– su deidad se las había conferido por ser él el “hacedor del universo”, tal como aparece en las bulas papales firmadas por uno de los Borgia, el papa Alejandro VI (1493), sumo pontífice de la religión católica. Así, se dividió América, mitad para los Reyes Católicos y la otra para los reyes lusitanos, el actual Brasil. Esta es sólo la parte inicial de nuestra tragedia.

Miremos esa parte de la Historia, sin justificarla: sólo para entender mejor el presente. En 1486 el marino genovés Cristóbal Colón ofreció a los Reyes Católicos un proyecto empresarial: abrir y apoderarse de la ruta a las Indias, yendo hacia occidente en una nueva ruta por el Atlántico. Como el conocimiento científico de entonces bajo el control religioso no le era favorable, el proyecto se estancó. Además, los Reyes Católicos tenían como cuestión prioritaria –en esos momentos– la “reconquista” de Granada. Al término de ésta, los Reyes Católicos aprobaron el proyecto y definieron los aspectos políticos y económicos del caso mediante las Capitulaciones de Santa Fe, del 17 de abril de 1492, recogiendo las negociaciones entre Colón con los reyes Isabel y Fernando. Reconocían su nombramiento como almirante, virrey y gobernador de los territorios por descubrir y la décima parte de todos los bienes obtenidos. El negocio de la expedición tendría un costo de 2 000 000 de maravedís, más el sueldo de Colón. La mitad del dinero lo prestó Luis de Santángel, tesorero de la Corona de Aragón, de “familia conversa”, dinero de los fondos de la Santa Hermandad. Una cuarta parte la aportó el mismo Colón, quien a su vez la pidió prestada a banqueros y mercaderes de Andalucía, entre los que estaban los hermanos Pinzón y Juan de la Cosa, muy interesados en ese negocio.

Así se inició el descubrimiento de América. Pero el regreso de los “empresarios” no fue por el mismo camino, pues Martín Alonso Pinzón derivó a Galicia y Colón a Portugal, desatando una crisis diplomática entre el rey de Portugal y los Reyes Católicos. Esto, luego, terminó en un buen arreglo, firmándose el Tratado de Tor-

3 Salman Rushdie analiza los problemas religiosos de dos culturas antagónicas, por sus respectivas creencias religiosas, India y EE. UU., y en su artículo “El problema de la religión” (2005) plantea que el problema no reside solo en el integrista islámico, sino también en el fanatismo cristiano encarnado en la figura de Tony Blair y en el gobierno estadounidense de George W. Bush.

desillas para redistribuir las tierras descubiertas de acuerdo a la influencia territorial de cada reino, que se había fijado en el Tratado de Alcáçovas. Entre tanto, los Reyes Católicos enviaron una segunda expedición mucho mayor a las tierras descubiertas, también capitaneada por Colón. La pugna se había iniciado y tendría que dirimir la Iglesia.

El papa Alejandro VI (Rodrigo Borgia, 1431-1503) expidió la bula *Inter caetera*, el 4 de mayo de 1493, que formó parte de las Bulas Alejandrinas. Estando de parte de los Reyes Católicos, veamos cómo e Papa se dirige a ellos:

Entre todas las obras agradables a la Divina Magestad y deseables a nuestro corazón, esto es ciertamente lo principal; que la Fe Católica y la Religión Cristiana sea exaltada sobre todo en nuestros tiempos, y por donde quiera se amplíe y dilate, y se procure la salvación de las almas, y las naciones bárbaras sean sometidas y reducidas a la fe cristiana [...] que practicáis con todo empeño, reflexión y diligencia, **sin perdonar ningún trabajo, ningún peligro, ni ningún gasto, hasta verter la propia sangre.** (El resaltado es nuestro).

Así se justificarían los genocidios en América.

Como se podrá advertir, desde allí comenzaron las nuevas nociones de propiedad con sus implicancias ideológicas y culturales. No se trata de un problema semántico, en el cual bastaría con hacer las especificaciones respectivas para su mejor definición y entendimiento. Lo importante, para que tenga un carácter fundamentalmente “nacional” y que tenga los rasgos propios de su intentada magnitud, debía comenzar por definir las nociones de estado, país, nación, sociedad y cultura. Urge definir dos situaciones: la concepción o visión que se tiene del país y la definición y composición de nuestra nación peruana. Es decir, situar las dos esferas en relación para que, en sus objetivos estratégicos, cumplan con responder a los objetivos nacionales con equidad, para bien de las sociedades locales.

En lo que se refiere a la comunicación oral y sus conflictos, H. Urbano (1992) dice:

A propósito de oralidad, es de interés remarcar que, en los Andes, el gran debate tuvo inicio en el propio día en que Atawallpa, en gesto de alcance simbólico de consecuencias insospechables, rechazó los papeles de Valverde. Era por un lado, la metáfora de la existencia de escritura en las culturas prehispánicas. Y, por otro lado, el comienzo de la codificación de la palabra andina por una tradición escrita. La fijación de la memoria prehispánica por la palabra castellana o por las lenguas indígenas al servicio de la cultura occidental cambiará en forma radical y significativa el universo simbólico andino. Es decir la palabra no deja de expresarse, pero en la mayoría de los casos lo hará, a través de las normas impuestas por una gramática y simbología ajenas. Los trabajos actuales sobre el bilingüismo de alguna manera nos muestran la vigencia de ese problema. (XIII)

El enorme y profundo resentimiento, por la constante agresión, ha ido generando

enconos múltiples en los indígenas, en los “cholos” y aún en los mestizos. Valcárcel (1969) fue muy claro en entender dónde nacieron los odios entre negros e indios, por ejemplo, pues el hombre de color al llegar con los castellanos se adaptó rápidamente a su cultura, a sus armas e instrumentos musicales y, aun siendo esclavos, se creían por sobre los indígenas. También es necesario recordar que la nobleza inca se asoció al vencedor peninsular y terminó siendo su aliada. Así, el pueblo andino mismo se convirtió en el motivo y objetivo de explotación, esta actitud sigue siendo así en nuestros días. Como el poblador andino no sabía escribir ni leer y las “sagradas escrituras”, con el verbo o palabra de Dios, estaban en manos de los vencedores, seguirá siendo explotado y vejado. Es que su cultura no solamente ha sido expoliada, sino que continuamente se piensa que debe ser destruida.

2. El compromiso con el futuro, el capital y sus avales

El desempeño económico depende de factores personales, culturales y políticos, de las aptitudes y motivaciones de las personas, y de instituciones políticas y sociales. En donde éstas son favorables, el capital va a generarse localmente o será atraído del extranjero, y si la tierra es escasa, la comida se obtendrá a través de la agricultura intensiva o de la exportación de otros bienes.

Peter Bauer, 1984

Pese a la gravedad del problema de identidad, no tenemos definidas las diferentes sociedades que conformarían una “sociedad nacional”. No es una casualidad o una eventualidad, es una realidad vigente. Como no hemos definido los linderos de las sociedades que coexisten, los proyectos que se hacen en torno a éstas –para mejorarlas, cambiarlas y unirlas– carecen del rigor científico pertinente. Cuando uno analiza los proyectos o planes de gobierno, fácilmente advertirá que suelen ser un conjunto de “buenos objetivos”, pues en la mayoría de los planes comienzan redactando con verbos en infinitivo como reducir, aprobar, eliminar, fusionar, descentralizar, etc. Es decir, se quedan como meros objetivos, pues carecen de una visión de conjunto, social, antropológico e histórico. Son la minoría los proyectos que cumplen con estos requisitos de “ubicación histórica”, tanto en el tiempo como en el espacio, pues de esto parte la imprecisión de las estrategias y políticas de acción.

Pareciera que los grandes pensadores se agotaron después de las tres primeras décadas del siglo XX, pues después no existen pensadores que hayan planteado nuevas visiones en torno a la realidad nacional. En un juicioso estudio, Manuel Burga (1990) adujo:

En los años 20, principalmente con J. C. Mariátegui y V. R. Haya de la Torre, se producirá el nacimiento de una **cultura política en el Perú que cuestionará el criollismo, el latifundismo, reivindicará al indígena, su cultura y replanteará el problema de la identidad nacional**. Estamos ante la emergencia de la identidad nacional. Estamos ante la emergencia de la moderna nación peruana. (p. 5) (El resaltado es nuestro).

Es decir, no existen nuevas observaciones de conjunto, de las que se pueda decir que eran –o son– una visión del Perú.

Tanto sociólogos como antropólogos concuerdan con precisar que el Perú es multi-nacional y pluricultural. Con ello se entiende que tenemos varias naciones dentro de un territorio, que estas naciones tienen diferentes procesos históricos y culturales y, así mismo, varias clases correspondientes a cada nacionalidad. Todo esto implica –o debe implicar– un tratamiento político coherente que resuma y exprese una visión integral de la nación peruana. Al respecto, veamos lo que dijo Mirko Lauer (1976):

Los cinco años que separan el centenario de la Independencia y la aparición de la revista *Amauta* son tal vez el lustro intelectualmente más rico de este siglo. En torno a José Carlos Mariátegui comienza a entregar sus primeras obras maduras una generación de ideólogos, historiadores y catedráticos de la que emergen los dos partidos políticos más importantes del siglo: el Partido Aprista Peruano y el Partido Comunista Peruano. Mariátegui empieza los trabajos de sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Jorge Basadre comienza a publicar su vasta obra histórica y Luis Alberto Sánchez su obra de crítica literaria. El socialismo y el indigenismo se concretan como movimientos de envergadura nacional [...] Con los primeros años del siglo empiezan recién a pronunciarse algunas verdades generales acerca del principal grupo dominado del país, sobre todo en la obra de González Prada, la Asociación Pro Indígena y los Congresos Indigenistas, que en la tercera década complementaron obras como las de José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre. **En esos primeros decenios la cultura dominante ha perdido todo interés científico por el país y gobierna a las últimas sombras del imperialismo inglés una oligarquía civilista cuya idea de lo nacional se circunscribe a la reproducción de la institucionalidad europea en todos los ámbitos.** (pp. 81, 84) (El resaltado es nuestro para hacer notar el fenómeno derivado y que hasta hoy nos aqueja).

Al tratar sobre la dinámica de nuestro proceso cultural, pudimos observar que su complejidad explicaba su falta de linderos en su caracterización y, entonces, dijimos:

La realidad peruana se caracteriza por ser variada y múltiple, pues conviven en ella el pasado y el presente en diversos grados de desarrollo. Esta realidad tiene escenarios históricos de diverso carácter, diversa interpretación y gestión ante el medio ambiente, y por eso diversa tradición cultural. Hablar del presente forzosamente nos involucra con el pasado, porque la variedad de actitudes frente a la vida, a las costumbres, a la creación o a la libertad, revelan las diferencias de origen en el pasado. Estamos aún en presencia de historias múltiples que queremos verlas como una creación grande y unitaria. Nuestra realidad actual es como un poliedro de muchas caras, fácilmente diferenciables. (Campana, 1998, p. 67)

Al decir que en la actualidad conviven el pasado y el presente fue para mostrar la evidencia de varias tradiciones culturales, algunas de las cuales aún están en un

medievo peruano, como el que fuera trasplantado de Europa por los castellanos conquistadores.

El futuro y su tratamiento en las relaciones entre el patrimonio cultural y la sostenibilidad requieren una visión más profunda de sus rasgos históricos, asumiendo nuestras respectivas responsabilidades. Pues, solemos argumentar que nosotros no tenemos nada de culpa. Nos hemos ido acostumbrando a creer que todos nuestros defectos y errores provienen del sistema, del gobierno o, por último, del “imperialismo”. No queremos asumir que nuestros actos a través del tiempo configuraron una sociedad castrada o impotente. Nos negamos a vernos como elementos sumatorios del presente y no aceptamos nuestras responsabilidades, como seres históricos. Siempre preferimos verlas y transferirlas a alguien. Aparentemente, la disyuntiva se plantea así: O se proyecta el cambio para el desarrollo, o crecerá la pobreza, el patrimonio cultural será más ajeno y su sostenibilidad será imposible. Los proyectos ejecutados que vemos –hasta la fecha– no han mostrado ser los caminos hacia una sociedad más equilibrada y con menos pobres.

También se suele inducir a la creencia de que todos los problemas –sociales y culturales– parten o se explican económicamente y que allí se agota. Con esa visión monista, de antemano se perderá la capacidad de enriquecer el patrimonio cultural, porque con esto se termina creyendo que todas las acciones políticas e intelectuales se reflejan en la producción de bienes, leyes o ideas para ordenar mejor la sociedad y que las nociones de derecho y deber pueden ser controladas o aclaradas en esos términos. Leamos:

Pero más allá de sus efectos económicos generales, la tradición redistributiva ha creado en el Perú una sociedad en la cual casi todas las fuerzas vivas del país se han organizado en grupos políticos y económicos, uno de cuyos principales objetivos es influenciar al poder para aprovechar la redistribución en favor suyo o de sus afiliados. Esta competencia por obtener privilegios a través de la producción del Derecho ha llevado a una politización general de nuestra sociedad y es directamente responsable de la existencia de las malas leyes que, a su vez, producen los costos de la formalidad y de la informalidad. (De Soto, 1986, p. 240)

3. El patrimonio cultural y nuestros conflictos

El desarrollo guiado por el Estado es una fantasía imposible o ilusa, una quimera. Una vez que el poder del gobierno va más allá de su papel legítimo de proteger a las personas y a la propiedad, la libertad perderá terreno. Las alternativas abiertas a los individuos estarán considerablemente restringidas en comparación con un orden liberal constitucional basado en el gobierno limitado y los derechos privados de propiedad.

James Dorn, 2002

Esta es la pregunta más grave: ¿Hasta dónde puede el Estado crecer sin dañar a la persona? El encono y las contiendas de los políticos de “derecha” e “izquierda” nos están llevando a una inactividad estéril de futuro.

La información histórica referente puede demostrar que nuestra actitud ante la vida responde a la conjunción de tradiciones culturales diferentes y exitosas, pero que no han podido procrear una nueva actitud de desarrollo constante, tal como nos hacía recordar Garcilaso al entenderse heredero de dos sociedades vencedoras: los incas y los españoles, “por la gracia de Dios”. Sabemos, sí, que antes de la Guerra del Pacífico éramos una potencia en América del Sur y ahora estamos entre los más atrasados de la región. Dentro de estos marcos, sería fácil deducir que fueron los grandes conductores sociales y políticos los que tenían una noción más correcta y apropiada, con sus respectivos proyectos, para lograr el desarrollo en un futuro cercano. Pero en los últimos cien años hemos iniciado un franco proceso de empobrecimiento, ante el cual ha surgido una nueva actitud de masas, pues esas masas –sin proyectos– están salvando de la bancarrota a nuestra sociedad.

Es evidente que las masas no sueñan con utopías, no salen de las universidades modernas y tienen respuestas más prácticas e inteligentes que las de nuestros planificadores sociales.

Han sido esas masas, con su desesperación pero también con su creatividad, las que en condiciones más dramáticas han sabido contribuir en forma determinante a salvar el país. Es un hecho que a través del autoempleo y de la “informalidad” millones de peruanos han impedido el colapso de la economía nacional y así evitado una tragedia de incalculables proporciones. La desesperación no se ha volcado en ciega furia destructiva, como algunos esperaban, sino en fuerza creadora que ha abierto nuevos derroteros. (Cura-tola y Silva Santisteban, 1994, VI)

Los habitantes del lago Titicaca han creado –por su cuenta y riesgo– toda una teoría social para el aprovechamiento turístico de sus islotes y tradiciones: integran el turista a su vida cotidiana.

Ante evidencias tan valiosas, dadas por la llamada “choledad”, esto merece un análisis más riguroso. La deducción es tan clara y válida que sólo habría que recordar que estos “invasores” del campo a la ciudad, que han salvado al país de la debacle, son los “invasores” del pasado, siguen siendo de una cultura casi oral. Si bien es cierto que definir así a la nación peruana aparentemente no gravita en el comportamiento político del ciudadano común, del “peatón”, del que proyecta el cambio social, del legislador o del líder partidario; será en el reclamo de sus derechos donde aparecerá la confrontación, o como ahora tiende a llamársele, la “fricción”. Entendiéndose que es el Estado la entidad que vela por los derechos ciudadanos, nuestra real falta de identidad es la que no nos permite establecer las relaciones de dependencia entre deberes y derechos. Debemos entender que en la promoción, valoración e inversión en lo que entendemos por patrimonio cultural, encontraremos los recursos para su respectiva sostenibilidad y engrandecimiento.

La falta de identidad –como estado de conciencia, sin valorar apropiadamente nuestras culturas– se expresa en todas las esferas de las actividades y, mucho más, en las respectivas mentalidades, mostrando los grandes vacíos, desde la falta de equidad social, hasta la falta de una equidad redistributiva en lo económico, lo que es responsabilidad de los gobernantes nacionales y regionales porque esconde la noción de patrimonio cultural y genera pugnas en el acceso a esta “propiedad” que es de todos y de nadie en especial, analfabeta o de “analfabetos funcionales”. Un excelente ejemplo solutorio de esta nueva actitud lo podemos observar en México, pues desde los niños que están aprendiendo a leer, también están aprendiendo a valorar su cultura, su pasado y sus grandezas. Los niños salen a los parques y van anotando los valores de las estatuas y monumentos que hay en las avenidas y plazas, y si un extranjero les pregunta ¿qué hacen?, contestan con mucho orgullo lo que saben y siguen aprendiendo.

Hay la constante fragmentación de los grupos intelectuales, “pensantes”, líderes de opinión o legisladores, por razones de extrema partidización política. Ellos actúan bajo y dentro de esos intereses, no con una visión amplia y de conjunto que genere una sociedad armónica, orgullosa de su pasado y de su cultura, sino que adquieren lo enojos y enconos para vivir en constante lucha o fricción: fricción para subsistir. Buscan ubicarse siempre en una posición de enfrentamiento, aumentando esas áreas de fricción y, así, poder mantenerse como dirigentes de sus parcialidades, en esos “nichos de poder”, beneficiosos para ellos pero no para la nación entera.

Existe la certeza de que son pocos los peruanos que tienen una visión amplia del Perú y de la peruanidad. Seguimos creyendo que peruano es todo aquel que nace dentro de nuestro territorio, olvidando que el nacer es una cuestión casual, eventual y no pretendida ni proyectada. Supuestamente, eso le da derechos aunque no se asuman los deberes previos. Así, se solapan los factores fundamentales de una identidad nacional basada, preferentemente, en un pasado común y grandioso, en un presente buscado, concordado y basado en un impulso para lograr un futuro igualitario y equitativo.

Los grandes cambios en las sociedades del mundo contemporáneo comienzan por la exportación de sus respectivas manifestaciones culturales. Los “milagros” económicos que hemos observado en los últimos setenta años fueron precedidos por la toma de conciencia de la genialidad creativa de la cultura de sus antepasados, entendiendo que con ese fundamento capital se podían proyectar más allá de sus fronteras, crecer económicamente y desarrollar. Esos son los “milagros” de Japón, España, la India, México y otros. Y ese es el reto para nosotros los peruanos: empujar nuestras fronteras culturales más allá de nuestros límites territoriales. Ya y ahora.

En nuestro país, el desarrollo del conocimiento de nuestra realidad pasa por las decisiones políticas de personas que no siempre entienden que la inversión en cultura es inversión en el desarrollo. Lo poco que hay aún es muy reciente. En la industria del turismo nuestro país “vende cultura” y habría que invertir mucho más en ese renglón. Las leyes se generan en el Congreso y se pueden ejecutar y acelerar desde el Gobierno Central. El caso más notable fue el proceso de regionalización, que sólo

usó ese nombre y se mantuvo en el concepto de Bolívar, “departamentalizando” la geografía política. Pero las políticas regionales actuales no han asumido ese reto.

Las primeras creaciones culturales de nuestros antepasados fueron regionales, las evidencias así lo demuestran y aún siguen vigentes sin nociones de orgullo regional. En los casos de Cuzco o, en especial el nuestro, en La Libertad, recordemos que no sólo se abarcó el actual territorio, pues la sociedad Cupisnique llegó hasta Ayacucho y Arequipa, los Mochicas llegan a Piura por el norte y hasta Huarmey por el sur. Los Chimú, desde Tumbes hasta Carabaillo; en el Incario fuimos el Chinchaysuyo y en el Virreinato fuimos la intendencia más grande y desarrollada. Y todo esto fue el fundamento para que desde Trujillo se organizara la independencia del Perú. Todas estas tradiciones culturales y las concepciones de sus más destacados políticos fueron y siguen siendo regionales. Pero en la práctica política el INC, que hasta hace poco era la entidad que administraba la política cultural y económica, aún era centralista y al crearse el Ministerio de Cultura, sin una visión moderna y sin los presupuestos apropiados, sigue –con su centralismo– olvidando los valores patrimoniales de la cultura. No tenemos independencia nacional y menos regional.

Esto, que sólo parecería una cuestión propia de la política limeña, nos compromete y afecta gravemente, pues todos los recursos se centralizan en la ciudad capital y –por ejemplo– se deja de atender a los monumentos arqueológicos regionales que son capital del destino turístico más importante después de Machu Picchu. Y esto es una falla de la política cultural. Las rutas Moche o la del Sol pronto demostrarán su verdadero potencial. Así, la capacidad creativa de nuestros antepasados podrá ser exportada o mostrada en toda su grandeza y magnitud para beneficio de la región liberteña –y norteña por ampliación histórica–. Repito: eso depende de la visión de sus políticos y de cada uno de nosotros.

Pero como la política es de factura y expresión humana y no había nada más regional que cada cultura, esa antinomia fue superada por la estrategia política de un legislador como Luis Alva Castro, quien optó por regionalizar la defensa y restauración de la obra monumental de nuestros antepasados y creó las Unidades Ejecutoras. Políticamente regionalizó la gestión cultural, haciendo con ello más anchos los caminos para el engrandecimiento de nuestra región. Pues no sólo se restauran los monumentos arqueológicos más importantes como la Huaca de la Luna, Chan Chan o Marcahuamachuco y muchas evidencias monumentales, sino que se restaurarán muchos otros y con ello –y a la vez– será restaurado nuestro amor y respeto a nosotros mismos, generando una identidad más orgullosa de su pasado. Pronto veremos que Chan Chan ya no estará en la lista ominosa de Patrimonio de la Humanidad en peligro. Ya no, porque todos nosotros estaremos devolviéndole su grandeza haciéndolo un monumento sostenible, Patrimonio de la Humanidad.

Si vemos otros gestos y acciones del citado político, veremos que entendió bien –por ejemplo– que si fuimos el primer imperio político de los Andes centrales, eso fue el remate de una compleja vertebración cultural y política que le antecedía en más de un milenio y, entonces, comenzó la creación del Museo Nacional del Gran Chimú,

justamente en la sede capital de ese imperio, en Chan Chan. Pero los ciegos para ver esta nueva obra se opusieron a hacer de Trujillo la ciudad con más museos del Perú. No digo del continente, porque Porto Alegre, una ciudad brasileña equivalente en magnitud a Trujillo, tiene 52 museos, 78 centros culturales y más de 30 grupos sinfónicos. O la pequeña ciudad de Gramado, cercana a Porto Alegre, enarbolando su genio y sus herencias germanas convoca al festival de cine más notable de este lado del continente. Este es un ejemplo de cómo la cultura puede ser el fundamento del potencial económico y de un alto grado de desarrollo, con una concepción social democrata.

En tanto, mi persona, con sus limitaciones, tiene recuerdos muy grandes que me llenaron de felicidad para siempre y para entender el valor del patrimonio cultural. A esos tres recuerdos yo llamo la “tríada de mi orgullo”: Chavín, Machu Picchu y Chan Chan, lo digo en el orden histórico. Conozco tantos sitios de valor monumental que bien podría citar casi un centenar. También sitios de sano orgullo. Pero en estos tuve tres “viajes” de íntima e intensa vivacidad. Viajé hacia adentro, a mis propias entrañas, viajé hacia arriba intentando tocar el cielo mío y viajé hacia allá, al poniente, donde está la deidad que daba la vida a mis antepasados y a donde muere el sol, la luna y los ríos: el mar. Veamos juntos esto.

Subido en Huayna Picchu, entendí la grandeza y el genio del hombre andino, que se inmortalizó haciendo el mundo de piedra para competir respondiendo a sus dioses. En esa cima, la soledad de las alturas nos llena de un inmenso placer al sentir que uno es parte de ese pasado creador de inmensidades y que todos los cielos son ideas para referir lo inalcanzable... pero asible.

En una mañana luminosa, a los pies de unas sierras altas y afiladas cantan dos riachuelos: el Mosna y el Wacheksa. Al frente y casi al medio, como si se tratara del triángulo puberal de donde viene la vida, una huaca –o deidad– de piedra gris y blanca desafía todos los intereses. La había recorrido varias veces antes, pero en esa mañana estaba mirando mi silencio Marino González y me invitó a que entrase a las entrañas de esa huaca. Nunca pude entender bien, pero conforme iba entrando a la oscuridad, iba entrando a mis propias entrañas para encontrar mi alma y mis sentidos. En el centro y de golpe me topé con la deidad que siempre nos mirará desde arriba y nos sonríe al vernos deslumbrados. Estaba allí la eternidad de la piedra en la piedra labrada y deificada. Agradecí a los artistas sacerdotes de entonces por hacer de dura roca a sus dioses, con todos sus misterios para explicar el significado de agua fundando la vida o negando a la muerte. No sé cómo, pero sí sentía que había entrado hacia mí mismo y mis desventuras y me sentí muy feliz. Y en la oscuridad de su misterio, no sé cuánto tiempo pasé en hondas cavilaciones: Marino ya se había ido a buscar la “canchita” del medio día.

Tiempo después, mi “tercer viaje”: Una mañana candente, mirando a más de seiscientos hombre trabajando, contagiados de mi sueño, en tantas partes de ese gigante de barro erguido que es Chan Chan, entendí que sólo hemos comenzado a darle vida a los muertos que allí habían enterrado mis antepasados los chimúes. Los habían

“sembrado” en sus mausoleos para que vuelvan a nacer, al nacer el sol, en medio de los cerros. Sabían que cuando muere el “astro rey”, simbólicamente en el mar, donde estaba la madre del agua y de todas fuentes, volvería a nacer al otro lado y entre los cerros por donde viene el agua de cada mañana. Por ello, cada mañana mirando al mar, subido en algún muro, entendía el significado de la vida. Ese era el significado del culto a los ancestros cuando el agua era la explicación de los días, las vidas y las muertes. Era el viaje a mi propia existencia, a cada amanecer.

Para finalizar, pido disculpas por soñar con el engrandecimiento de nuestro patrimonio cultural. Pues, cuando estaba restaurando los altos muros de Chan Chan y subido en ellos para así otear el futuro, me sentía un enano sentado sobre un inmenso gigante que comenzaba a resollar de energía: lo sentía desafiante. A estas alturas pude ver mejor la grandeza y el genio de mis antepasados y el filo de mi orgullo. A estas alturas –de los muros y de mi intimidad– recién presiento la libertad y el deber de ayudar en la creación del futuro: he allí una responsabilidad de todos nosotros. Si podemos otear más allá de nuestros límites, mayor será la felicidad de sentir la grandeza que beneficie a nuestra región y a nuestro país. Porque con la grandeza de nuestro pasado estaremos ampliando las fronteras culturales para beneficio de todos los peruanos.

Porque:

En vez de una sola y unitaria historia del Perú, quizás convenga hablar de las diferentes historias ocurridas en el territorio que desde hace pocos años –a partir del siglo XVI– se ha empezado a llamar Perú [...] Aún hoy el Estado peruano es una organización multinacional con relaciones internas de dependencia y discriminación étnica.

Pablo Macera, 1978

Referencias bibliográficas

- Amin, S. (1997). *El capitalismo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Barnechea, A. (1995). *La república embrujada: Un caso en la pobreza de las naciones*. Lima: Aguilar Nuevo Siglo.
- Basadre, J. (1978). *Perú: problema y posibilidad*. Lima: Banco Industrial del Perú.
- Bauer, P. (1984). *El orden del mercado y la planificación estatal*. Cambridge, EE. UU.: Harvard University Press, Penguin.
- Bonavia, D. (1991). *Perú: Hombre e historia. De los orígenes al siglo XV*. Lima: Edubanco.
- Burga Díaz, M. (1990). La emergencia de lo andino como utopía (siglo XVII). *Allpanchis*, 35/36(2).
- Campana, C. (1998). *Dinámica de la cultura peruana actual*. Lima: CECCPUE, UNFV.

- Campana, C. (2015). *Iconografía del pensamiento andino*. Trujillo: Universidad Privada Antenor Orrego.
- Castro, A. (1981). *España en su historia*. Madrid: Crítica.
- Cotler, J. (1969). *Clases, Estado y Nación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Curatola, M., y Silva Santisteban, F. (1994). *Historia y cultura del Perú*. Lima: Universidad de Lima y Museo de la Nación.
- De Soto, H. (1986). *El otro sendero*. Lima: El Barranco.
- Dollfus, O. (1981). *El reto del espacio andino*. Lima: Instituto de Estudios Andinos.
- Dorn, J. A. (2002). Desarrollo económico y libertad: El legado de Peter Bauer. *Cato Journal*, 22(2).
- Estermann, J. (1998). *Filosofía andina: Estudio intercultural de la sabiduría autóctona andina*. Quito: Abya Yala.
- Lauer, M. (1976). *Introducción a la pintura peruana del siglo XX*. Lima: Mosca Azul.
- Matos Mar, J. (1986). *Desborde popular y crisis del Estado* (3ª edición). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Rushdie, S. (2 de mayo del 2005). El problema de la religión. *El País*.
- Silva Santisteban, F. (1995). *Historia de nuestro tiempo*. Lima: Universidad de Lima, Fondo de Desarrollo Editorial.
- Urbano, H. (1992). La tradición andina o el recuerdo del futuro. En *Tradición y modernidad en los Andes*. Cuzco: Centro de Estudios Andinos Regionales “Bartolomé de las Casas”.
- Valcárcel, L. E. (1969). *Ruta cultural del Perú*. Lima: Populibros.